

Sociología del espacio: el orden espacial de las relaciones sociales

Jesús Leal Maldonado

La sociología del espacio

Durante los últimos años la exigencia de considerar el espacio en los procesos sociales se ha manifestado de forma apremiante, tal como se manifiesta en los textos de toda una serie de autores de diversas posiciones disciplinares, pero especialmente en la Sociología Urbana, y la Geografía Humana. La causa de esta actualización de un tema tan antiguo como la propia Filosofía, tiene que ver con su consideración por parte de una serie de autores que lo introducen como uno de los temas clave dentro de las corrientes postmodernistas. Esto no quiere decir que los autores que tratan el tema en la actualidad acepten las posiciones postmodernistas, resultando especialmente significativo, que a pesar de la crítica que buena parte de los textos sociológicos hacen de esta corriente del pensamiento, terminan recogiendo la agenda temática planteada por los autores que la sostienen, cuyo principal éxito es el de haber marcado los temas a desarrollar por lo más avanzado del pensamiento sociológico, y el estudio del espacio y del tiempo ocupan un lugar preeminente en esa agenda.

Pero más allá de la revalorización de una reflexión sobre el espacio de los postmodernos, la problemática del espacio social hubiera encontrado un lugar central en la Teoría Sociológica, aunque solo fuera por las transformaciones sociales experimentadas en las tres últimas décadas que han supuesto un notable cambio en la forma de establecerse los atributos espaciales y en la propia concepción del espacio. Esto contrasta con el hecho de que la Sociología había sido hasta ahora poco propicia a tratar las consecuencias espaciales de los cambios sociales, tal como apuntan Kern (1983) y Soja (1989). Buena parte del tratamiento espacial venía ligado a la reflexión sobre el fenómeno de la urbanización y sus consecuencias en términos de cultura o de comportamiento, en ese sentido la Sociología Urbana ha sido el lugar adecuado para un desarrollo de la Sociología del Espacio, pero el desarrollo del enfoque de la Economía Política durante los años setenta y ochenta llevó a un cierto debilitamiento de estos planteamientos, lo que contrasta en la actualidad con la reivindicación de la perspectiva espacial

como su verdadero objeto tal como plantea Gottdiener (1994: 16), para el cual el objeto sería el «espacio de asentamiento» que incluiría los aspectos económicos, políticos y culturales con un cierto sentido dentro del espacio construido.

Sin embargo en esta perspectiva tratamos de evitar la consideración autónoma del espacio, por eso el término de espacio de asentamiento o espacio de relación no parecen apropiados en la medida en que pueden inducir a una concepción del espacio errónea en la que éste tendría una entidad independiente. Por otra parte, tal como se expresa, puede llevar emparejado un sentido metafórico que puede contribuir a embrollar la idea que se trata de transmitir. En ese sentido la expresión de «Sociología de los Atributos Espaciales» parece más adecuada, porque expresaría la forma como se representan espacialmente las acciones sociales.

Por otra parte, los planteamientos de Gottdiener (1994) son correctos al tratar de incluir no solamente los elementos económicos y políticos sino también los culturales, rectificando uno de los errores característicos de la corriente de la Economía Política en sus comienzos¹.

Esto supone renunciar a la exclusividad de los temas urbanos y territoriales en la Sociología Urbana, pero por un lado, tras los debates teóricos del último cuarto de siglo, sabemos de la futilidad del calificativo urbano, mientras que como alternativa, desde la perspectiva espacial que se plantea se le atribuye una posición más sólida y sostenible capaz de responder a buena parte de las críticas que habían ido poniendo en cuestión su objeto y por lo tanto su viabilidad como disciplina científica, recogiendo por otro lado una buena parte de las dispersas aportaciones que se han hecho hasta la actualidad. Evidentemente que desde esta perspectiva el calificativo de «urbano» puede resultar impropio, pero de hecho ya existe una ruptura entre ese calificativo, atribuido de forma general a los estudios sobre el espacio y los títulos concretos con los que se presentan las investigaciones, los manuales y las revistas propias de esta especialidad.

Por «atributos espaciales» entendemos las connotaciones espaciales con la que son percibidos las entidades, tanto los individuos como los objetos o las agrupaciones y su interacción. Las relaciones sociales entre los individuos

tienen unos atributos o dimensión espacial. El espacio se concibe como un atributo relacional que expresa las posiciones y las perspectivas de cómo se conciben esas relaciones sociales. La forma como se expresan esos atributos espaciales dará lugar a posiciones diferentes, e incluso a disciplinas distintas.

Para poder profundizar en este planteamiento es necesario tener una correcta concepción del espacio, para luego aplicarla a la concepción peculiar de la Sociología Urbana como la «Sociología de los Atributos Espaciales».

La concepción del espacio

El punto de partida para el desarrollo de una Sociología de los atributos espaciales es el de una adecuada concepción de lo que realmente es el espacio ya que no existe ni mucho menos unanimidad sobre el contenido de este concepto, habiendo dado lugar a posiciones diversas a lo largo de la historia, para comprender el alcance de la opción escogida es necesario conocer el debate y las principales alternativas planteadas.

Siguiendo a Werlen (1992) a la hora de sistematizar las concepciones del espacio en la historia reciente del pensamiento podemos establecer tres posiciones diferenciadas: la substantiva, la epistemológica y la relacional, dejando de lado otras posiciones extremas que planteaban la realidad absoluta del espacio o su carácter puramente subjetivo.

Dentro de la posición substantiva se puede situar a Descartes y a Newton, para los cuales el espacio y el tiempo poseerían una dimensión absoluta, y distinguible, con una serie de propiedades, para Newton el espacio tendría una existencia estable, continua e inamovible, sin relación con nada exterior a él, para Descartes el espacio tiene también una condición absoluta, domina el sentido y el cuerpo y es el depositario del orden inmanente para la totalidad de los existentes, formando parte de los atributos de Dios. El espacio, en esta última perspectiva, sería continuo y se podría medir.

Kant sin embargo recoge la noción aristotélica de categoría que había rechazado Descartes y la adapta, concibiendo el espacio y el tiempo como un «a priori» de la mente huma-

na, es una categoría mental que hace posible el conocimiento, todo lo que percibimos tiene unas dimensiones espacio-temporales que le atribuimos en función de nuestra propia estructura mental. La existencia del espacio es pues muy singular, ya que no existe en la realidad tal como lo representamos sino que su existencia está únicamente en nuestra mente, como una categoría. El símil sería el de un filtro que da una forma determinada a la materia moldeable que lo atraviesa, esa forma sería precisamente el espacio. En este sentido se podría decir que el espacio al igual que el tiempo es una forma de entender y no una realidad objetiva. La perspectiva Kantiana es ampliamente conocida, pudiendo ser calificada de epistemológica, debido a su insistencia en su concepción como categoría de la mente.

La posición de Leibniz es distinta de las dos anteriores, el espacio en sí y como tal no tiene la entidad absoluta que postulaba Newton o Descartes, no puede estar sin nada y mucho menos es la compilación de todas las cosas o la forma de ellas, pero se hace imprescindible para discernir las cosas, siendo necesario introducir su orientación, la dirección de unos ejes relacionales básicos que nos den cuenta de su posición: un origen, una derecha o una izquierda. «*El espacio es algo meramente relativo, es un orden de coexistencias como el tiempo es un orden de sucesiones*» (Leibniz). El espacio no preexiste vacío, hay que ocuparlo con un cuerpo que indique una dirección, un gesto, ya que no es nada sin los objetos. El espacio en este sentido sería absolutamente relativo. La crítica que se establece del espacio absoluto equivale al rechazo de su concepción como un contenedor en el que se sitúan los objetos, se trata de una existencia que sirve de soporte a la relación entre los objetos. En ese sentido su posición también diferiría de la que establecería posteriormente Kant, ya que la existencia del espacio y del tiempo sería independiente de la mente humana ².

Los cambios en la concepción filosófica del espacio preceden a los cambios que se experimentan en la concepción matemática, Euclides estableció una serie de postulados sin prueba que parecían eficientes y de los que se deducían otra serie de teoremas por una lógica deductiva, Kant llegó a asumir esas propuestas y ratificó su certeza manteniendo que formaban parte de los «aprioris» mentales.

Pero a lo largo del siglo XIX se abren camino otra serie de concepciones. EL ruso Lobatchewsky anunció una concepción bidimensional en la que un infinito número de líneas podrían ser trazadas desde cualquier punto, paralelas a otra línea del mismo plano; en su Geometría la suma de los ángulos de un triángulo es menor que 180 grados. Posteriormente Bernhard Reimann elaboró otra Geometría en la que los ángulos de un triángulo sumaban más de 180 grados. La posterior teoría de la relatividad de Einstein vendría a confirmar esta ruptura de la absoluteidad euclidiana, definiendo el espacio como una distorsión de la perspectiva. Para él la visión que percibimos del espacio es una distorsión creada por el acto de observar desde un sistema de referencia en movimiento. Con la teoría de la relatividad el número de espacios se incrementaba hasta igualar el número de sistemas de referencia móviles de todos los cambios de gravedad generados por todas las materias del universo, existiendo un número infinito de espacios que están en movimiento con respecto a cada uno de los otros ³.

A la hora de aplicar las reflexiones filosóficas y matemáticas sobre el espacio, a la realidad social, podemos pues partir de una concepción en la que lo fundamental, tal como apunta Simmel (1927) es precisamente la relación entre los objetos y los sujetos, definiendo una serie de parámetros de relación que van a ser los que nos van a servir de base para poder establecer no sólo las características de las sociedades concretas sino también su evolución temporal. Las formas de relación que se dan, en función de esos atributos espaciales, cambian en el tiempo, y pueden considerarse como algo más que meros indicadores de ese cambio, al constituirse como parte de la esencia de esa transformación experimentada. Por eso no nos debe extrañar que los cambios en la sociedad sean anunciados frecuentemente como cambios espaciales y temporales.

Esa entidad peculiar del espacio y del tiempo implica la imposibilidad de considerarlos como elementos causales, esta es una consecuencia de gran importancia ya que no solo pone en entredicho algunas aportaciones históricas de la Sociología sino que nos sitúa en una posición muy particular, ya que si no existe causalidad tampoco existe una concepción del

tiempo y del espacio como variable tal como lo plantea Urry (1985: 25).

«El espacio es un conjunto de interacciones entre entidades y no es una sustancia, como consecuencia de ello, sería un error si tratáramos de la «sociedad» y del «espacio» como actuando entre ellos. La sociedad es en cierto sentido una sustancia, mientras que el espacio no lo es. De la misma manera deberíamos evitar tratar el tiempo como causa que produce efectos por la simple consecuencia de su paso o de su flujo.»

Otra de las características del espacio es su inseparabilidad respecto al tiempo tal como puso en evidencia Martin Heidegger (1962), uno no puede concebirse sin el otro. Los escolásticos definían el tiempo como la medida del movimiento, pero a su vez este último sólo puede concebirse con el espacio, que se considera como el tiempo cristalizado.

Espacio y tiempo son las formas de representación de todas las percepciones. Por lo tanto no se pueden separar, únicamente en la suma abstracción podemos considerar el espacio sin referirnos al tiempo, pero dándole por sobreentendido. Tanto el espacio como el tiempo son las dos grandes categorías Kantianas, son formas de concebir y de captar la realidad que nos rodea. Formas exclusivas del ser humano y difícilmente transmisibles porque impregnan todas las experiencias. No existe ninguna percepción que no este definida en un tiempo y en un espacio. Por su parte no existe espacio sin tiempo, simplemente porque nada existe sin movimiento. En ese sentido, el énfasis por establecer una teoría sociológica del tiempo no puede separarse del espacio. De hecho algunos autores como Giddens o Harvey (1989) recogen la expresión espacio-tiempo para expresar conjuntamente sus características.

LA CONCEPCIÓN DEL ESPACIO EN LOS CLÁSICOS

La importancia del espacio y del tiempo en la concepción de la sociedad ya fue tenida en cuenta por los padres fundadores de la Sociología, tanto Max Weber, como Durkheim o el

propio Marx han tratado de la relación existente entre el espacio y la sociedad.

Max Weber no suele utilizar conceptos de diferenciación espacial tales como densidad o proximidad, lo que probablemente se debe al hecho de que su propio hermano Alfred Weber (1909) sea uno de los más relevantes autores de las teorías de la localización de las actividades. Sin embargo trata de situar en diferentes ciudades, distantes en el tiempo o en el espacio y concebidas como una sociedad cerrada, formas distintas de poder, lo que supone en cualquier caso una consideración diferenciada de los espacios en relación con las variaciones en las formas de relación social.

Marx y Engels trataron el tema del espacio referido en primer lugar a la dialéctica entre ciudad y campo, considerando cómo los procesos de industrialización llevaban a un fuerte desarrollo de las ciudades. El análisis de las transformaciones que se daban en estas ciudades como polos de crecimiento, lo analiza Engels (1976) en *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra* en la que describe la condición de vida en algunas zonas urbanas derivada de los procesos de rápida industrialización experimentado por las ciudades inglesas.

Durkheim (1968) hace también un énfasis especial en la diferenciación espacial ligada a las distintas formas de relación social. La solidaridad mecánica corresponde a un tipo de espacio distinto que la solidaridad orgánica, la dominación de la segunda sobre la primera es efecto del propio desarrollo urbano, es decir que existe una relación directa entre la transformación social y los distintos espacios. En las *Formas elementales de la vida religiosa*, establece que la naturaleza heterogénea del espacio es una parte de la teoría general sobre los orígenes sociales de las categorías del pensamiento. Si el espacio fuera absolutamente homogéneo, no tendría sentido alguno tratar de coordinar la información de la experiencia sensorial. El sentido colectivo del espacio tiene pues para él un origen social y existen evidencias de que las clasificaciones que establecemos del espacio son estructuralmente similares a las formas sociales tal como plantea.

Halbwachs (1976) siguiendo a Durkheim establece que los individuos se orientan por sí mismos en sus acciones hacia la memoria colectiva y son determinados por ella. Analiza

la memoria colectiva en términos de su dimensión temporal y espacial. La memoria colectiva es el conocimiento intersubjetivo accesible de los hechos y objetos dentro del marco de un grupo particular. Concibiendo los contenidos simbólicos del substrato material de una sociedad y su inmovilidad espacial como fuente de continuidad, frente al cambio social, pasando de una generación a otra a través de la memoria colectiva.

Pero creo que hay que hacer una especial consideración a George Simmel, como uno de los clásicos que se ha planteado de forma más directa el tema del espacio. Consideración especial tienen sobre todo dos textos, el primero es el más conocido y corresponde al artículo «Metrópolis y vida intelectual» pero hay que referirse especialmente al segundo texto, menos conocido por los sociólogos urbanos, que con el título de «El Espacio y la Sociedad» constituye el capítulo noveno de su *Sociología*.

En este capítulo Simmel parte de un supuesto que con demasiada frecuencia es ignorado por los científicos sociales, como es el de la distinción entre la percepción y la realidad, en lo que se refiere al espacio. En su tratamiento Simmel parte de la concepción Kantiana de considerar el espacio y el tiempo como un «a priori» de la mente humana, aunque en realidad su desarrollo posterior está más cercano a la visión de Leibniz, para el que la esencia del espacio es precisamente la relación. En cualquiera de las dos concepciones está claro que tal como mantiene Simmel carece de sentido atribuir una causalidad al tiempo o al espacio sobre los hechos sociales:

«El espacio es una forma que en sí misma no produce efecto alguno. Sin duda en sus modificaciones se expresan las energías reales pero no de otro modo que el lenguaje expresa los procesos del pensamiento, los cuales se desarrollan en las palabras pero no por las palabras... No son las formas de la proximidad o la distancia espaciales las que producen los fenómenos de la vecindad o extranjería, por evidente que esto parezca. Estos hechos son producidos exclusivamente por factores espirituales, y si se verifican dentro de una forma

espacial, ello no tiene en principio más relación con el espacio que la que una batalla o una conversación telefónica pueda tener con él, a pesar de que estos acontecimientos no pueden efectuarse sino dentro de determinadas condiciones espaciales». Simmel (1924: 644).

Para Simmel (1924) el espacio es una «*actividad del alma, la manera que tienen los hombres de reunir, en intuiciones unitarias, los efectos sensoriales que en sí no poseen lazo alguno*». Su concepción del espacio es pura relación, de forma que en ella se inscribe la acción social: «*La acción recíproca que tiene lugar entre los hombres, se siente como el acto de llenar un espacio*». Esa acción recíproca a la que se refiere es la acción de los individuos que pueden formar asociaciones que tienen también su expresión espacial, unos tipos de asociación son exclusivos, no pudiendo llevarse a cabo otra asociación dentro de ese espacio, mientras que otros pueden compartir su espacio, en ese sentido se puede decir que las asociaciones serían también sujetos con atributos espaciales.

Pero más allá de otras consideraciones puntuales, Simmel plantea la dimensión social del espacio a partir del desarrollo de los atributos espaciales en los individuos: la proximidad o la distancia, la agrupación y la dispersión, la densidad y la diseminación, la permanencia y la movilidad dan lugar a diferentes formas sociales que va examinando una por una.

El punto de partida sería la consideración del lugar de forma dialéctica frente al tiempo, estableciendo la relación que tiene con las características sociales y haciendo un especial hincapié en las formas de los movimientos asociativos. Para él el lugar es básicamente la consideración de los aspectos espaciales de las cosas, uno de cuyos atributos principales es el de concitar el recuerdo. El tiempo carece de referencias por lo tanto no hay recuerdos sin espacio, volvemos al espacio para recordar un momento determinado y ese espacio puede quedar impregnado de los sentimientos intensos que se produjeron en ese momento dado: «*El lugar constituye el punto de rotación en derredor del cual el recuerdo liga a los individuos, en una correlación ideal*». Simmel, G. (1924).

El espacio se concibe como el tiempo cristalizado, en el que se depositan las experiencias vividas. Percibimos las cosas que nos rodean en función de sus dimensiones espaciales y esas dimensiones tienen una significación social determinada, el espacio no sólo es el marco de la acción, sino que es *«la condición y el símbolo de la relación entre los hombres»*. Simmel (1924: 176).

La proximidad facilita las acciones recíprocas y reafirma la representación de pertenencia a una comunidad. La proximidad lleva al establecimiento de relaciones positivas o negativas, y si estas no se dan es porque la exigencia de defensa frente a la fuerte acumulación de estímulos que se genera en lugares en los que la densidad multiplica las proximidades, estableciendo medidas de precaución que llevan a esa indiferencia respecto a los que están próximos.

Con este tipo de planteamientos no es de extrañar que Simmel haya de ser considerado como uno de los precursores de la Sociología Urbana, ya que el paso siguiente es el de establecer las formas diferenciadas de comportamiento social que se exigen en un medio denso y grande como es la ciudad, lo que lleva a cabo en su artículo *«Metrópolis y vida intelectual»*.

Las bases de su análisis serán precisamente las consecuencias de los atributos espaciales de la gran ciudad, que inducen contactos frecuentes entre individuos que no se conocen. Pero no es el espacio de la ciudad el que causa los modos de relación, es el propio individuo el que en su reacción frente a esos atributos espaciales, característicos de la gran ciudad, reacciona de una forma determinada. La generalización de estas conductas marcaría el comportamiento social que se da en las grandes ciudades. Es por lo tanto la perspectiva de la acción social, concebida como una suma de comportamientos individuales lo que caracteriza su visión, que va a tener una repercusión muy importante en la Sociología Urbana.

Simmel se interesa por lo cotidiano y trata de elaborar sus teorías apoyado en las experiencias individuales, para él un hecho como la cita tiene su esencia sociológica entre la brevedad y su fijación en el espacio y el tiempo, detallando por su carácter de singularidad la representación de un cierto punto de fijeza para la conciencia en los momentos formales de su tiempo y de su lugar. En su concepción el lugar adquiere una mayor fuerza asociativa

que el tiempo porque el lugar tiene un carácter más sensible, tanto es así que cuando se trata de un acontecimiento ocurrido una sola vez, en el que se ha producido una fuerte conmoción sentimental, el recuerdo suele fundirse inseparablemente con el lugar de forma recíproca.

Este planteamiento explica que al retornar en la actualidad a los temas espaciales se acuda a Simmel, ya que en él están enunciados gran parte de las claves para su comprensión desde la perspectiva sociológica. El punto de partida consiste precisamente en la imposibilidad de una teoría del espacio, porque el espacio no es un objeto, sino el marco de la acción social, con lo que no tiene pues sentido hablar del espacio como forma social a no ser que en una polisemia engañosa se tome la materialización de los atributos espaciales como el espacio mismo, y se establezca una posición reificadora según la cual el espacio es tal como lo percibimos. Esta era la posición de Lenin en su obra *Materialismo y Empirocriticismo*, Kern (1983) al hacer referencia a ello manifiesta su satisfacción porque no siguiera esa línea y se dedicara a hacer la revolución, ya que ese tipo de posiciones no pueden establecerse más que desde una consideración determinista, el espacio dejaría de ser el marco de la acción social para convertirse en la expresión misma de esa acción social.

A parte de esta interesante aportación de Simmel, la historia del pensamiento social a lo largo del siglo XX no ha sido especialmente generosa con la conceptualización del tiempo y del espacio, pero esa ausencia no ha sido absoluta, sino que aparecen aquí y allá una serie de referencias que nos pueden llevar a reconstruir el tema. Especialmente en la Sociología Urbana y algo también en la Sociología Rural encontramos referencias a las implicaciones espaciales y a las diferencias sociales que se dan en el espacio.

ELEMENTOS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA SOCIOLOGÍA DE LOS ATRIBUTOS ESPACIALES

Está claro que el espacio está directamente ligado a esa acción social, cualquier planteamiento que implique un cambio social profundo

va a suponer una transformación espacial, en ese sentido resultan relevantes algunos planteamientos históricos. Fourrier (1808) a la hora de proponer un cambio en la sociedad hacia un nuevo sistema de relaciones sociales en el que se actuara por grupos, que sustituyeran a la organización familiar, tenía que definir un espacio cotidiano diferenciado de la vivienda tradicional que facilitara y permitiera las nuevas relaciones espaciales que se imponían, denominándolo Falansterio, en el que habitaba una Falange que era como la célula de esa nueva sociedad, muy similar en algunos aspectos a la organización monástica pero fuera de todos los elementos religiosos que podrían suponer. Este tipo de aportaciones se han sucedido a lo largo de los dos últimos siglos, tal como lo recogen Choay (1970) y Aymonino (1981). Igualmente en el periodo de la Revolución Soviética se planteó la exigencia de transformar el espacio y adaptar la forma de las ciudades e incluso la propia arquitectura a las nuevas exigencias de relación derivadas de la revolución⁴ (Anatole Kopp, 1974).

Este hecho es significativo en la medida en que se concibe el espacio construido de las ciudades como algo más que un producto social, es a la vez condicionante de las relaciones sociales y expresión de las mismas, lo que supone que en los fuertes cambios producidos en la sociedad actual como efecto de lo globalización de la economía, al convertir la información en un elemento de producción, exijan una transformación de la concepción del espacio en el que los conceptos de proximidad y lejanía, los de centralidad y los de densidad, adquieren significados diversos, tal como se expone más adelante.

Dentro de esta consideración se puede comprender que el espacio se convierta en la actualidad en uno de los temas centrales de la Sociología. Sobre todo si consideramos la profundidad de la transformación que se está dando en la sociedad actual, expresada como la aparición de una nueva sociedad, que algunos denominan «Sociedad Postindustrial»: Touraine (1969), Bell (1973), Richta (1969) y otros «Sociedad Informacional»: Castells (1996). La percepción de unas relaciones espaciales emergentes es a la vez una comprobación de esa profunda transformación que se está experimentando y una exigencia de la misma. Cualquier reestructuración

social de envergadura va a traer emparejada una consideración distinta de sus atributos espaciales. Esto es algo que fue puesto en relevancia por gran parte de los clásicos de la Sociología (Marx, Max Weber, Durkheim, Simmel etc..) al buscar en sus modelos diferencias espaciales ligadas a las condiciones distintas en las que se establecían las relaciones sociales.

En esta nueva sociedad emergente los atributos espaciales cambian porque las relaciones sociales adquieren unas características diferenciadas. La expresión de ese cambio es compleja, pudiendo resaltar dos visiones, la de D. Harvey (1989) que plantea el encogimiento del espacio-tiempo, y la de Castells (1996) que plantea el advenimiento de una sociedad en la que el espacio de los flujos suplanta al espacio de los lugares.

Lo importante es que se da una convergencia en el planteamiento de que existe un espacio emergente diferenciado del espacio de la sociedad anterior, que los atributos de proximidad han cambiado y con ellos los referentes a la distancia, lo que puede tener expresiones distintas en cada autor pero que de cualquier forma nos remite a la existencia de una nueva sociedad organizada de forma diferencial, en la que las distancias se reucen y en la que el espacio adquiere una nueva dimensión, tanto en lo que supone de lugar de confrontación social, como en lo que implica de estrategia estructural. Es un espacio nuevo, como lugar de asentamiento de las clases sociales, como objeto de la intervención política, como forma de revalorización del capital e incluso como expresión de los procesos de interacción social. Esa emergencia de un nuevo espacio se relaciona directamente con la de la nueva sociedad.

Lo que cambia en la situación actual es precisamente el impacto de esos atributos espaciales en las relaciones sociales, el condicionante de la proximidad, los cambios en la movilidad, los desplazamientos y las variaciones entre la densidad y distancia, la supresión de límites o fronteras en el territorio varían con la propia dinámica de la sociedad, e inciden en las relaciones sociales, esto es conceptualizado por un buen número de autores desde posiciones distintas dentro y fuera de la Sociología, con referencia a la ciudad o de una forma más general, sin parcelar el

medio espacial. Esta eclosión de las reflexiones sobre el espacio es uno de los motivos que obligan a buscar una disciplina que recoja estas aportaciones, siendo la Sociología Urbana el lugar privilegiado para ello, reconduciéndola al tratamiento del espacio como objeto prioritario y devolviendo con ello la dimensión básica que el desarrollo de la Economía Política dejó un tanto de lado, al concebir lo urbano y lo territorial como referencia de elementos no espaciales tales como el consumo colectivo o la producción respectivamente.

La confusión nace de la consideración de los elementos no espaciales de la ciudad o de contemplar el fenómeno urbano como algo no espacial, como un objeto político que pierde su condición de marco espacial de las relaciones sociales. La abstracción de tales procesos ha llevado a líneas muy abiertas que han propiciado un gran desarrollo de investigaciones pero que han contribuido a crear una gran confusión. Se hace necesario pues rescatar la exclusividad del espacio que en realidad viene a recoger una tradición que ya estaba establecida, y que se refuerza con el hecho de la extensión de las formas de vida urbana a los extremos más recónditos de los países industrializados y con ello la superación de la dicotomía entre lo rural y lo urbano, entre la ciudad y el territorio, si es que alguna vez la hubo realmente más allá de su planteamiento por algunos autores como L. Wirth, ampliamente discutido.

Para la construcción de esa «Sociología de los Atributos Espaciales» podemos partir de tres perspectivas complementarias: en primer lugar es necesario establecer cómo se concibe el espacio en relación con los fenómenos sociales, es lo que podemos denominar la perspectiva epistemológica. En segundo lugar se trata de ver los procesos de la acción social en relación con los atributos espaciales, pero asumiendo los límites de esa concepción, ya que no se trata de ver todos los aspectos de la acción social puesto que eso nos llevaría a una enorme dispersión, sino sólo los más relevantes para los atributos espaciales. La tercera perspectiva se consideraría la relación entre la estructura y el espacio, para establecer la dimensión espacial de los elementos estructurales tales como la actuación del capital.

LA PERCEPCIÓN DEL ESPACIO

El gran valor del espacio para la Sociología es lo que Jean Rémy (1983) define como su carácter estructurante. El espacio organiza todas nuestras percepciones, y especialmente las percepciones que tenemos de los fenómenos sociales, por esa razón la espacialización de los hechos sociales tiene ese carácter estructurador, ordenando las visiones de los hechos sociales percibidos y colocándolos en una relación de la que se apropia el recuerdo. Esta es la fuerza y el sentido de la Sociología Urbana tradicional al concretar tanto las percepciones como la aplicación de las teorías en su soporte espacial. Lo que pasa es que no tiene demasiado sentido tratar de una Sociología del Espacio, ya que tal como menciona Giddens (1979), precisamente por su carácter abstracto, una Sociología del Espacio no sería distinta de la filosofía. Por eso buscamos una expresión espacial concreta que nos ayude a colocar los acontecimientos sociales y designamos la ciudad, lo urbano, con toda su ambigüedad como portador de acontecimientos sociales y de expresiones sobre la sociedad. En el fondo la Sociología del Espacio no sería otra cosa que la Sociología Urbana, si se rompiera con ella, volvería a ser creada, como un campo privilegiado en el que la propia distribución de los procesos sociales nos ayuda a organizarlos o a estructurarlos mentalmente.

El espacio no sólo representa el marco de la acción social, sino que en el orden del conocimiento, el espacio es el estructurante de esa acción social, el que nos permite establecerla, en su orden de prioridad y en su relación con el universo. Esa doble concepción del espacio como determinante de una localización, con lo que ello supone de posición, y de relación como elemento clave del conocimiento que ordena las percepciones que se tienen de esa acción es importante para poder comprenderlo. Ambas concepciones son inseparables, Lefebvre (1976) trata de ligarlas estableciendo que se trata de una concepción dialéctica pero en realidad se trata de dos fases del conocimiento, la primera es la de la captación de los hechos y la definición de las tareas, la segunda es la acción en sí misma movida por una serie de fuerzas que actúan en el espacio.

Pero esa percepción puede venir precedida de la propia práctica tal como enuncia Lefebvre

(1976) al establecer tres dimensiones sobre el espacio, la primera sería la de la experiencia a partir de las prácticas concretas referidas a los flujos materiales, las transferencias y las interacciones que suceden en y a través del espacio en una forma que asegura la producción y la reproducción social. La segunda es la del espacio percibido, acompañado de las significaciones y de los signos que permiten la interpretación de esas prácticas y la tercera sería la del espacio imaginado que imagina nuevos significados y posibilidades para las prácticas espaciales.

Para Bourdieu (1979) y para Harvey (1991) el espacio y el tiempo no sólo estructuran la representación de los grupos sociales sino que además, los grupos sociales mismos se organizan en función de su propia representación. Esto se deriva del hecho de la concepción epistemológica del espacio, si el espacio «estructura» la acción social, no cabe duda de que esa representación condicionará la propia forma como se disponen los diferentes elementos de esa acción.

EL ESPACIO DE LA ACCIÓN SOCIAL

Werlen (1992) al tratar de construir una teoría espacial que sirva de base para superar la orientación conductista que ha caracterizado a buena parte de las teorías geográficas, establece una concepción del espacio como marco de la acción social. Esta calificación del espacio como un marco en el que se inscribe la acción social no es muy afortunada, y puede ser engañosa ya que la palabra nos sugiere algo físico y tangible, aunque en su desarrollo el autor establece una idea del espacio cercana a los planteamientos de Leibniz, en la que el espacio es relación. La acción social se realiza en un espacio concreto, y asume el que por sus características es capaz de impregnar a los objetos de un sentido determinado que perdura más allá de la propia acción, lo cual lleva por una parte a darles un significado dentro de nuestra percepción y por otra a darles un papel importante en la propia interacción social:

«El espacio no es un objeto ni un a priori sino un marco de referencia para las acciones. El espacio es un marco de

referencia para los aspectos materiales de las acciones sociales en el sentido de un concepto formal-clasificador. La localización es solo socialmente relevante cuando se filtra a través de los marcos de referencia que orientan la conducta de los individuos». Werlen (1992).

La cuestión está en que la concepción de esa acción social es la de una agrupación de conductas individuales, en este sentido se alinea con el geógrafo Hägerstrand (1975), uno de los principales impulsores de una teoría espacial aplicable a las ciencias sociales, de quien toma Giddens (1991) la idea de las limitaciones existentes en la actividad humana que se establecen a partir de las fronteras del comportamiento del tiempo y el espacio, recogiendo los cinco factores básicos que establece este autor:

1. La indivisibilidad del cuerpo humano y de otras entidades vivas e inorgánicas: La corporeidad impone limitaciones estrictas sobre la capacidad de moverse y percibir que tiene el ser humano.
2. La limitación temporal del ser humano que es un ser para la muerte ⁵, en este sentido el tiempo es un recurso siempre escaso para el actor individual, el ser humano tiene una capacidad limitada para participar en más de un lugar a la vez junto con el hecho de que cada tarea tiene una duración determinada.
3. El movimiento en el espacio es también movimiento en el tiempo.
4. La capacidad de encapsular el espacio-tiempo es limitada.
5. Dos seres humanos no pueden ocupar el mismo espacio simultáneamente.

Estos cinco aspectos que recoge Giddens de la realidad espacio-temporal expresan los ejes materiales de la existencia humana y todos los contextos de asociación en las condiciones de presencia simultánea.

Este planteamiento va en la misma dirección que lo que ya había propuesto Simmel: se trata de ver desde una perspectiva individual los condicionantes del espacio sobre las relaciones entre los individuos, a la vez que se expresa cómo esta relación define las características espaciales.

Pero al tratar de superar los problemas derivados de una concepción de las relaciones sociales basada únicamente en la actuación individual, Giddens critica a Hägerstrand estableciendo que no tiene en cuenta las determinaciones estructurales sobre la actividad humana, y que no toma en consideración las teorías sobre el poder. En el fondo trata de encontrar en su conceptualización del espacio y el tiempo el marco adecuado para su intento de conjuntar acción individual y la acción colectiva, en ese sentido defiende que el espacio y el tiempo deben ser colocados en el centro de la teoría social, superando su concepción de ser simples contenedores de la acción social tal como comenta S. Taboni (1985). En el fondo esa exigencia se plantea porque parte de la hipótesis de que es a través del espacio y del tiempo como se va a poder conjuntar la antítesis existente en todo el pensamiento sociológico entre la perspectiva individual y la colectiva en la consideración de los procesos sociales.

Giddens llega a percibir la importancia del espacio a partir de la exigencia de revalorizar el tiempo, el tiempo para él es esencial para poder analizar la acción humana en cuanto que está conectada directamente con la constitución temporal de la vida cotidiana. Pero el tiempo no se puede separar del espacio tal como plantea Heidegger quien teoriza el tiempo como espacio-tiempo, como el devenir presente. Giddens (1981) recoge la idea de la convergencia del tiempo y el espacio de otro geógrafo: Janelle, el cual se refiere al encogimiento de la distancia en términos del tiempo necesario para moverse entre localizaciones diferentes. Esta idea es importante porque va a marcar tanto para Harvey (1989) como para Castells (1991) la expresión de la sociedad emergente.

Por otro lado Giddens (1981) plantea también la exigencia de desarrollar la noción de «lugar» el cual no puede ser usado en la teoría social simplemente para designar un punto en el espacio, de la misma manera que no se puede designar un punto en el tiempo, para ello es necesario introducir el concepto de presencia explicado en términos de su espacialidad y de su temporalidad, el lugar no sería pues un punto en el espacio, sin más, sino la manifestación espacial de un hecho social.

EL ESPACIO ESTRUCTURAL

El autor de obligada referencia al tratar de establecer la concepción de los procesos espaciales de las estructuras sociales es Henri Lefebvre, que a comienzos de los años setenta ya planteó la exigencia de construir una teoría social del espacio. Lefebvre (1976) concibe el espacio como un producto social, lo que tiene dos implicaciones, la primera es que la naturaleza no es más que la materia prima sobre la que operan las fuerzas productivas de las sociedades diversas para producir su espacio. La segunda implicación es que cada sociedad produce un espacio diferenciado. La ciudad no puede concebirse como una colección de gentes y cosas en un espacio, ni a partir de una serie de discursos sobre el espacio. El espacio social contiene las relaciones sociales de reproducción: las relaciones entre los géneros, entre las edades, con la organización específica de la familia. Pero existen una serie de elementos que ocultan y disimulan que el espacio es un producto social: la ilusión de transparencia que se confunde con la de una inocencia del espacio y la ilusión realista, ilusión de la ingenuidad puesta en evidencia por los filósofos.

La concepción del espacio de Lefebvre es una concepción dialéctica, es una abstracción concreta que tiene manifestaciones diversas, un medio para el conocimiento de las acciones sociales porque las estructura, pero a la vez es un producto de esas acciones. En realidad esa concepción no es sino un intento de conjugar la concepción epistemológica del espacio: estructurante porque es el vehículo que nos permite establecer la localización de las acciones sociales, pero a la vez estructurado en la medida en que esas acciones sociales producen una serie de objetos que materializan el espacio.

Lash y Urry (1994: 124) recalca que para Lefebvre la forma espacial es un aspecto de las fuerzas productivas de la sociedad que ha de ser considerada junto con la tecnología, el conocimiento humano y la fuerza de trabajo como contribuidores al potencial productivo. Pero el espacio además de ser parte de las fuerzas y los medios de producción, es también un producto de esas mismas relaciones.

Por otra parte Lefebvre analiza los tipos de concepción espacial que corresponden a cada sociedad histórica, desde el Espacio Analógico

de la Sociedad Primitiva hasta el Espacio Diferenciado de la Sociedad Urbana, pasando por el Espacio Abstracto, dominante en la Sociedad actual. Cada nivel estructural no sólo goza de un tiempo histórico definido sino también de un espacio preciso, no hay razón para atribuirle menos autonomía al espacio que al tiempo. Pero hay que insistir en que ni las relaciones espaciales ni las temporales producen efectos por ellas mismas. No se puede decir que un área explota a otra o que una estructura social dada está determinada por las relaciones espaciales.

Esta correspondencia entre la concepción del espacio y los tipos de sociedad se manifiesta de forma clara en las artes plásticas como expresión de la visión que se tiene en ese tiempo del espacio. La introducción de la profundidad espacial en la pintura del Renacimiento, la materialización del ambiente en los cuadros de Velázquez con el Barroco, y la eclosión del cubismo en el siglo XX nos está hablando de esa concepción diferencial, de la misma manera que podemos observar que las grandes transformaciones sociales están acompañadas de cambios en la concepción del espacio con la consiguiente repercusión en las formas artísticas de la pintura, la escultura o la arquitectura.

La emergencia de los atributos espaciales

Desde la perspectiva sociológica la construcción de una Sociología de los Atributos Espaciales llevaría a desarrollar una serie de temas entre los cuales podemos destacar especialmente tres:

1. El análisis de la dimensión espacial de la dinámica de las clases sociales.
2. La determinación el papel del espacio en la acumulación del capital.
3. El análisis del espacio del poder, con especial atención a las relaciones entre el Estado y el espacio.

Respecto al análisis espacial de las clases sociales podemos partir del espacio como organizador de nuestras experiencias, y como

elemento privilegiado de captación de los fenómenos sociales y de su posición relativa respecto a otros fenómenos. Los procesos de desigualdad racial o de género, las diferencias de clase o las estrategias de actuación de los grupos sociales, tienen unas dimensiones espaciales que nos ayudan a comprenderlos en sí mismos y en relación con otros fenómenos. Esto lleva evidentemente a una de los temas más recurrentes de la Sociología: la desigualdad social del espacio, expresada tanto en los procesos de segregación urbana y territorial como en las disparidades de desarrollo y de distribución de los recursos entre las diversas naciones y regiones.

Hay que tener en cuenta que la dimensión espacial no se corresponde directamente con la importancia ni con la magnitud de tales fenómenos, sino que es el orden espacial con el que los percibimos el que nos lleva por sí mismo a su conceptualización en relación con los demás fenómenos. En consecuencia, la expresión espacial del sistema de relaciones sociales, al ser visto como una proyección simple de los procesos sociales sobre el espacial, conduce a un determinismo que ha caracterizado algunas de las aportaciones de más interés de la Sociología Urbana, como es la de Louis Wirth (1968). El espacio no es un espejo en el que se refleja la sociedad, tal como mantenía Lefebvre (1976), las formas espaciales y su significado, efectivamente recogen los procesos sociales, pero no de forma directa, sino mediados por una serie de elementos, lo que da imágenes imperfectas de tales procesos, el mito de la caverna de Platón es aplicable en ese sentido a los procesos de representación de los fenómenos sociales sobre el espacio ⁶.

Existe una extensa literatura sobre los cambios en la concepción del espacio por parte del capital a la que nos referiremos más adelante al tratar de los procesos de desigualdad en el desarrollo urbano. Pero de alguna manera podemos hacer un resumen de los cambios producidos, estableciendo que se ha pasado de un capitalismo que trataba de apoyarse en la modificación del tiempo a partir de un aumento en la duración de la jornada de trabajo y de los días trabajados, con su consecuencia sobre los ritmos de vida y sobre la organización de las actividades individuales y colectivas, a la situación actual en que busca

en la diferenciación espacial las estrategias de acumulación. La búsqueda de espacios alternativos en los que conseguir condiciones de producción ventajosa marcan una de las características de la etapa postfordista, con la diversificación de los lugares de producción marcada por el coste de la mano de obra.

El capitalismo está continuamente cambiando el sentido de los espacios, tratando de localizar el poder en los espacios que la burguesía puede controlar y quitar poder a aquellos espacios que tienen una mayor capacidad de ser controlados por los movimientos que se le oponen. El control del espacio es una fuente de poder social. La creación de un mercado mundial y la reducción espacial de las barreras tienden a disminuir el espacio a través del tiempo, por medio de la racionalización de la organización espacial en configuraciones eficientes de redes de producción, de circulación y consumo, este intento de reducir las barreras lleva a dar una nueva significación al capitalismo convirtiendo la Historia en un asunto de la Geografía.

El análisis de la imagen estatal del espacio puede partir de la concepción de Bourdieu (1979) del espacio en cuanto objeto del poder y del capital, pero de un poder y un capital de múltiples facetas. Las luchas políticas para él no son otra cosa que las luchas para conseguir una mejora de la posición en el espacio social, visto como un campo de fuerza y presionado por las relaciones entre posiciones distintas. Pero esas posiciones sobre el espacio varían en el tiempo, no solo en términos de características del espacio ocupado, sino también en la propia concepción del mismo, tal como pone en relevancia Foucault (1972), para el que se plantea un cambio importante en la concepción del espacio desde el antiguo régimen hasta la actualidad, manifestado en el espacio de control, vigilancia y represión, que pasa de ser un espacio personalizado y arbitrario a otro racional y tecnocrático. La racionalización de los espacios de los hospitales, las escuelas o las cárceles, que se da en el siglo XIX corresponde a estas nuevas formas sociales.

Ese cambio en la concepción del espacio y del tiempo por parte del poder se pone en relevancia con los cambios profundos producidos en la vida cotidiana por la ruptura y alteración de las tradiciones, relacionadas directamente con el espacio y la comunicación,

que se ven fuertemente alteradas, debido por una parte a la contracción espacio temporal y por otro lado a los cambios en los sistemas de poder. El poder se basa en gran parte en la tradición, ya que es la no decisión, la valoración de lo repetido en base a la acumulación no escrita de información que ello supone. Pero al incrementarse fuertemente la disponibilidad de la información, se reduce sensiblemente la tradición, aunque sea solamente por el hecho de su puesta en cuestión en múltiples aspectos. Eso tiene profundas consecuencias, entre otras, Giddens (1981) señala la de la inseguridad ontológica. La tradición supone una seguridad porque sabemos como vamos a obrar nosotros y como van a obrar los demás, en el momento en que eso se rompe, surge la incertidumbre, la posibilidad de encontrarnos con actuaciones diversas, eso es lo que exalta el postmodernismo.

EL ENCOGIMIENTO DEL ESPACIO-TIEMPO Y LA EMERGENCIA DEL NUEVO ESPACIO DE LOS FLUJOS

Recientemente toda una serie de autores han tratado de desarrollar las ideas de Kern (1983) sobre la compresión del espacio y el tiempo (Giddens (1991), Harvey (1989), Castells (1996)). Resulta especialmente relevante que los dos grandes inspiradores de la «Nueva Sociología Urbana» vengán a recalcar en el mismo punto, el de la percepción de un espacio distinto, es decir de una nueva sociedad para la que las dimensiones espaciales y temporales han cambiado profundamente y lo siguen haciendo a un ritmo acelerado.

Ese cambio lo califican Giddens (1981) y Harvey (1989) como contracción espacio temporal, marcada por la posibilidad de reducir los efectos de la distancia en múltiples aspectos de la vida pero especialmente en las transacciones económicas, y por redimensionar los ritmos de vida, incluidos los ritmos biológicos. El alargamiento de la maternidad humana más allá de lo que nos parecía marcado por los límites de la naturaleza, con el desarrollo de nuevas formas de gestación y de embarazo, o la elevación de la esperanza de vida en gran parte de los países tendría que ver con ello, así la dimensión del tiempo biológico ha cambiado, como lo ha hecho la del tiempo de relación, ligado

directamente a un acercamiento de los espacios distantes.

Para Harvey la relevancia del espacio proviene precisamente de ser la expresión del tiempo comprimido, una antigua idea que se repite en las aportaciones de diversos autores, expresándola como congelación del tiempo o como la expresión de la memoria:

«El espacio es tiempo comprimido.. Es verdad que el tiempo es siempre memorizado no como un flujo, sino como memorias de los lugares y espacios experimentados, entonces la historia debe dar paso a la poesía, y el tiempo al espacio como el material fundamental de la expresión social. La historia del cambio social es en parte capturada por la historia de las concepciones del espacio y el tiempo, y los usos ideológicos a los derivados de estas concepciones. Más aún, cada proyecto de transformación de la sociedad debe rasgar la compleja red de las concepciones espaciales y temporales y de sus prácticas». Harvey (1989), 218.

La comprensión del tiempo y del espacio nos llevaría a dar nuevos sentidos a las viejas materializaciones. El tiempo y la historia dejan de aceptarse de forma pasiva y se conciben como algo que se crea, no como algo que se acepta. Esta nueva concepción afecta también al espacio, de forma que se ve la comunidad como una entidad social cerrada en el espacio a través del tiempo (Harvey: 1989), lo que lleva a formas muy diferenciadas de comunidad acordes con los diversos significados del espacio y del tiempo, la proximidad física ya no sería la única expresión de la misma, lo que lleva a que se desarrollen nuevos tipos de «comunidad» (definida como una entidad social creada en un espacio a través del tiempo), entre los que estaría la de «comunidad sin proximidad».

Castells expresa los procesos de transformación del espacio con expresiones distintas y más extremas, se trata de algo que va más allá de una contracción espacial. La transformación de la sociedad en la nueva «sociedad informacional», supone un cambio que se expresa por la emergencia del espacio de los flujos, se trata de un espacio ocupado por los

elementos de dominación de esta nueva sociedad, en el que se definen no solo las actividades productivas sino gran parte de las actividades de consumo. Este espacio de los flujos no quita que exista un modo de producción capitalista, pero este se va debilitando frente al nuevo modo de desarrollo informacional.

Lo importante de este nuevo espacio de los flujos, definido por Castells, es que obliga a un cambio en la concepción de las relaciones de poder en la sociedad; se debilitan los sistemas jerárquicos de poder representados en instituciones o en personas, las redes que estructuran este espacio de los flujos tienen un poder difuso en el que no es localizable de forma inequívoca el centro de decisiones, como podría suceder con anterioridad. Este espacio de los flujos supone en cualquier caso una reconsideración de los procesos económicos, políticos y sociales que existían con anterioridad.

Uno de los aspectos que caracteriza este espacio de los flujos es la emergencia de la ciudad global. El concepto de ciudad global se ha ido transformando durante los últimos años. La ciudad global se caracteriza precisamente por su potencia de control y gestión de una buena parte de la Economía Internacional (Saskia Sassen, 1994). Al principio se consideró la existencia de algunas grandes metrópolis internacionales como ciudades globales, entre las que estaban siempre Nueva York, Londres y Tokio. Pero cada vez se fue expandiendo más el número de estas ciudades, dando lugar a la existencia de varios tipos de ciudades globales, con una serie de características determinadas, que se relacionaban entre sí en un sistema similar al descrito por Christaller el siglo pasado, según una estricta jerarquía de interdependencia.

Pero el concepto singular de ciudad global ha ido dando paso a un concepto más relacional, la ciudad global no es la ciudad concreta con sus calles y sus edificios, sino la propia red que estas ciudades concretas constituyen. Una red en la que existen una serie de nudos constituidos por las grandes ciudades citadas. Las características de esos nudos pueden variar así como las funciones y el nivel jerárquico de esas ciudades-nudos. Lo importante entonces sería esa concepción de espacio formado por la red o por los flujos que constituyen la red. El espacio de los flujos incluiría el espacio de la

ciudad global de forma privilegiada, porque es en ese espacio donde se van a establecer los elementos dominantes, en términos de instituciones y de grupos sociales.

El espacio de los flujos, el espacio comprimido o la red de ciudades globales, desafían los planteamientos tradicionales de la Sociología Urbana, tanto por la crítica a la pérdida de relevancia del espacio en el enfoque de la Economía Política como por los límites que supone el paradigma de la Ecología Humana al no resaltar adecuadamente el significado de la intervención sobre el espacio de los grupos sociales y del propio Estado.

Pero no se trataría de desarrollar un paradigma alternativo, ya que como se ha dicho, no tiene sentido construir una teoría del espacio social, sino que únicamente supondría la revisión de los planteamientos que ya se habían establecido con anterioridad. Esta nueva perspectiva ser caracterizaría por unos temas y unos énfasis determinados entre los que podemos destacar especialmente cinco.

En primer lugar, por paradójico que parezca se da un especial énfasis en las ventajas locacionales, tal como describe Harvey:

«La elevada competencia bajo condiciones de crisis ha obligado a los capitalistas a centrar más su atención en las ventajas locacionales, precisamente porque la disminución de las barreras espaciales les da a los capitalistas el poder de explotar la diferenciación espacial con consecuencias positivas. Las pequeñas diferencias contenidas en el espacio, en términos de disposición de fuerza de trabajo, recursos, infraestructuras y otras, incrementan su significado. El control del espacio se convierte en un arma superior en la lucha de clases.. La elevada competencia entre espacios llevaría a una producción más variada de espacios dentro de una creciente homogeneidad en el intercambio internacional... Entonces nos acercamos a la paradoja de que cuanto menos importancia tienen las barreras espaciales, mas es la sensibilidad del capital respecto a las variaciones del lugar dentro del espacio y mayor es el incentivo de los lugares de diferenciarse en formas atractivas para el capital. El

resultado ha sido la producción de fragmentación, inseguridad y desarrollo desigual». Harvey (1989, 294).

En segundo lugar, esta simultaneidad de la globalidad y la particularidad, de la homogeneización y de la fragmentación social, ha sido puesta en relevancia por otros autores entre los que podemos destacar especialmente a Enzo Mingione (1991) en su libro *Fragmented Societies* para el que la fragmentación de los grupos y las clases sociales es uno de los aspectos que caracterizan la nueva sociedad.

Este proceso no se limitaría únicamente a la estructura social ni a la distribución de los sentimientos de pertenencia. El propio espacio urbano refleja la exigencia de la diversidad interna y lo expresa de varias formas, pero especialmente en la variación de los precios del suelo. La subida generalizada de precios en gran parte de las ciudades industrializadas durante el crecimiento económico de los años ochenta dejó tras de sí una serie de secuelas entre las que se encuentran una mayor diferenciación entre los precios inmobiliarios en los diversos lugares de las grandes ciudades, lo que supone en cualquier caso un incremento de la tendencia hacia el fraccionamiento de los espacios, clasificados en relación a su valor económico y a través de él diferenciado en sus funciones.

Uno de los aspectos notables de estos cambios es el de la profundización en la separación entre el espacio de actividad y el espacio de residencia en las zonas centrales de la ciudad, fundamentado claramente en las diferentes rentabilidades de la actividad residencial y de la actividad productiva, ya sea de oficinas de diverso tipo, de comercio o de otras actividades.

Por otra parte el espacio construido de la ciudad también se diversifica en función de los valores sociales que comporta. Los procesos de homogeneización cultural que supone el desarrollo de los medios de comunicación, tienen también su incidencia en la búsqueda de la identidad a partir de la elección de un espacio residencial. El descubrimiento por parte de las clases medias españolas del espacio suburbano, supone en cualquier caso una respuesta a la homogeneidad que se planteaba en los barrios periféricos de elevada densidad. El conjunto del espacio resulta más fraccionado en función

de estos desarrollos, dando lugar a la formación de comunidades específicas diferenciadas entre ellas (Constanza Tobio: 1989). Lo mismo podría afirmarse respecto al proceso de «gentrificación» en gran parte de las grandes ciudades en los países industrializados.

En tercer lugar se plantea una mayor insistencia en la caracterización de los flujos que se dan entre las ciudades a diferentes escalas, tanto nacional como internacional, con la determinación de las redes que se forman en muy diversos aspectos que van desde la red de decisiones financieras hasta la red de control de la producción de ciertos bienes, pasando por las redes clandestinas ligadas al comercio de drogas o al blanqueo del dinero a escala internacional.

Esto supone esclarecer cómo se integran en esas redes los diferentes grupos sociales, pero especialmente los de las clases dominantes, y como se forman los nuevos sistemas de relación en un espacio de los flujos, en el que son posibles relaciones estrechas con personas situadas a largas distancias.

En cuarto lugar, paralelo al estudio de las redes, se pondría especialmente en relevancia el proceso de formación de las identidades locales, con el desarrollo de las conciencias de pertenencia local como forma de respuesta a ese carácter globalizador del espacio de los flujos. El estudio de la formación y desarrollo de las identidades específicas locales, ya sean referidas a un espacio concreto tal como un barrio o una región, o a otras manifestaciones, como puede ser una cultura o una lengua, una religión u otra manifestación de la identidad.

Para Harvey (1989) esta dualidad entre la globalidad y la relevancia de lo local parece evidente: «Cuanto más se unifica el espacio, las cualidades de la fragmentación social se convierten en más importantes para la identidad social y para la acción».

La interrelación entre estas dos tendencias dominantes, la de la globalización por una parte y la de la identidad por otra, da lugar a diversas situaciones, que van desde la total ruptura, y el rechazo de los procesos de innovación social, (como sería el caso de los fundamentalismos), hasta la integración no conflictiva, con el mantenimiento de fuertes lazos establecidos a través de la red y de una identidad con diversas manifestaciones (el caso del tradicionalismo innovador del Japón).

Pero merece una especial consideración la afirmación de pertenencia a una comunidad local en la que se encuentra la compensación de la disolución de la individualidad que plantea ese nuevo espacio de los flujos, a la vez que desde esa comunidad se considera la exigencia de conexión con otras comunidades ya sea a partir de una competencia económica o simplemente de un enriquecimiento cultural mutuo.

NOTAS

¹ Gottdiener a la hora de concretar la perspectiva socioespacial que plantea establece los siguientes cuatro puntos:

1. Adoptamos una perspectiva regional que considera el espacio de asentamiento urbano y suburbano. Estudiamos la región multinucleada y cómo consiguió su forma en el transcurso del tiempo

2. Todos los espacios de asentamiento son considerados no solo dentro de su contexto local y nacional, sino también ligados al sistema global capitalista. Establecemos una especial atención a las poderosas fuerzas de la Economía y de la Política.

3. Los espacios de asentamiento están afectados por políticas gubernamentales y por las acciones de la industria inmobiliaria. Estas fuerzas proveen los incentivos y las oportunidades que configuran y modelan las conductas individuales, canalizando los desarrollos metropolitanos en formas específicas.

4. Los espacios de asentamiento son sobre todos lugares significativos. Cada vida está organizada de acuerdo con símbolos que incluyen la interacción social, pero también con los objetos materiales que forman parte del medio construido. Adoptamos la perspectiva espacial para recoger las interacciones entre el espacio y la sociedad tales como las del género, la clase, el estatus social, la edad y la raza. A estas le añadimos el elemento del espacio en sí mismo. El espacio opera en un doble sentido. Afecta la conducta como un medio construido que contiene la acción y como un objeto significativo. Por otra parte la gente altera y construye lugares como forma de expresar sus necesidades y sus deseos.

² Resulta de gran interés la valoración de gran parte de los sociólogos urbanos por la concepción del espacio de Leibniz: Lefebvre (1976), Castells (1996).

³ Para un desarrollo de la evolución de la concepción matemática del espacio ver Kern (1983), 136.

⁴ Esta correspondencia entre tipos de espacios construidos y formas de sociedad no se limita únicamente a los elementos funcionales, sino que sobre todo se expresa en sus aspectos simbólicos. Es de destacar la búsqueda de una arquitectura expresiva de los planteamientos de los regímenes nacionalsocialistas que en España tuvo su expresión en un estilo neoherreriano, que marcó los edificios más representativos construidos en la época, como es el caso de la Plaza de la Moncloa.

⁵ La concepción del hombre como un ser para la muerte es una de las constantes en los pensadores existencialistas,

lo que se refleja en buena parte de sus obras tanto filosóficas como literarias, una de las más brillantes expresiones de esa concepción puede encontrarse en la obra de Camus, especialmente en su novela *El extranjero*.

⁶ Platón asemeja la percepción que tenemos de la realidad a la que podemos tener al ver reflejado lo que se pasa en el umbral de una caverna sobre las paredes de su interior. Esta concepción ha sido ampliamente utilizada en la Historia del Pensamiento bajo la denominación del mito de la caverna de Platón. Lo que recogerían después los escolásticos con su expresión de que ese conocimiento es una «construcción mental con fundamento en la realidad».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AYMONINO, C. (1981): *El significado de las ciudades*, Madrid, Blume.
- BELL, D. (1973): *The Coming of Post-Industrial Society*, Nueva York, Basic Books.
- BOURDIEU, P. (1979): *La distinction: critique social du jugement*, París, Editions Minuit.
- CASTELLS, M. (1991): *The informational city*. Blackwell. London. Traducido al español *La ciudad informacional*, Madrid, Alianza Editorial. (1995).
- CASTELLS, M. (1991): *Movimientos sociales urbanos* [11a. ed.] México, Siglo Veintiuno, 1991.
- CASTELLS, M. (1996): *The rise of a network society*. Londres, Basil Blackwell.
- CHOAY, F. (1970): *El Urbanismo. Utopías y Realidades*, Barcelona, Ed. Lumen.
- DURKHEIM (1968): *Les formes elementaires de la vie religieuse*. París, P.U.F.
- ENGELS, F. (1976): *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra*, Madrid, AKAL.
- FOUCAULT, M. (1972): *The Archaeology of knowledge*, Londres, Tavistock.
- FOURRIER, Ch. (1808): *Théorie des quatre mouvements*. Lyon. Citado por Benevolo, L. (1976): *Orígenes del urbanismo moderno*, Madrid, Blume, pág. 82
- GIDDENS, A. (1979): *Central Problems in Social Theory*, Londres, MacMillan.
- GIDDENS, A. (1981): *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, Londres, MacMillan.
- GIDDENS (1991): *Modernity and self identity*. Cambridge, Polity.
- GOTTDIENER (1994): *The New Urban Sociology*, Nueva York, McGraw Hill.
- HÄGERSTRAND, T. (1975): «Survival and Arena: on the life history of individuals in relation to their geographical environment» In T. Carlstein, D. Parkes and M. Thrift (Eds.): *Human activity and time geography*, Londres.
- HALBWACHS, M. (1976): *Morphologie social*, París, Ed. Armand Colin.
- HARVEY, D. (1989): *The Urban Experience*, Oxford, Basil Blackwell.
- HARVEY, D. (1989): *The postmodern condition*, Oxford, Basil Blackwell.
- HEIDEGGER, M. (1962): *Ser y Tiempo*. Mexico.
- KERN, S. (1983): *The Culture of Time and Space 1880-1918*, Cambridge, Harvard University Press.
- KOPP, A. (1974): *Arquitectura y Urbanismo Soviéticos de los Años Veinte*, Barcelona. Lumen.
- LASH, S. and URRY, J. (1994): *Economies of Signes and Spaces*, Londres, Sage. 1994.
- LEFEBVRE, H. (1976): *La production de l'espace*, París, Anthropos.
- LEFEBVRE, H. (1976): *Espacio y Política*. Ed. Península.
- MINGIONE, E. (1991): *Fragmented Societies*, Oxford, Basil Blackwell. Traducción española, Ministerio de Trabajo, 1994.
- RÉMY, J.; L. Voyé (1983): *La ciudad y la Urbanización*, Madrid, Ed. I.E.A.L.
- RICHTA, R. (1969): *La civilisation au carrefour*, París, Anthropos.
- SASSEN, S. (1994): *Cities in a world economy*. Thousand Oaks, Calif., Pine Forge Press, Series title: Sociology for a new century.
- SIMMEL, G. (1924): *Sociología: Estudio sobre las formas de socialización*, Madrid, Revista de Occidente. (Traducción de la edición alemana de 1908)
- SOJA, E.W. (1989): *Postmodern Geographies: The Reassertion of the Space in Critical Social Theory*, Londres-Nueva York, Verso.
- TABONI, S. (1985): «Il tempo e lo spazio nella teoria sociologica» *Rassegna Italiana de Sociologia*. A XXVI, n 4 octubre-diciembre.
- TOURAINE, A. (1969): *La société postindustrielle*, París, Denoel.
- TOBIO, C. (1989): «Economic and social restructuring in the Metropolitan Area of Madrid» *International Journal of Urban and Regional Research*, Oxford, vol 13, Nº 2, 1989, págs. 324-338
- URRY, J. (1985): «Social Relations, Space and Time», en Gregory, D. and Urry, J. (eds.): *Social Relations and Spatial Structures*, págs. 20-48.
- LASH, Urry, J. (1994): *Economies of signes and space*, Londres, Sage.
- WEBER, A. (1909). *Theorie of Location Industries*, Chicago, University of Chicago Press.
- WEBER, M. (1987): *La ciudad*, Madrid, La Piqueta, 1987.
- WEBER, B. (1992): *Society, Action and Space: An Alternative Human Geography*, Londres, Routledge.
- WIRTH, L. (1968): *El Urbanismo como Modo de Vida*, Buenos Aires, Ediciones 3.